

Escipión, de Pablo Casacuberta

EN EL NOMBRE DEL PADRE

Además de haber incursionado en las artes visuales y en la música, Pablo Casacuberta es un escritor de exquisita prosa que cuenta con una obra en la que se destacan *Esta máquina roja* y *Apariciones*. Acaba de sumar la novela *Escipión*, relato que plantea la batalla entre un padre y su hijo.

El padre muere lejos de un hijo parricida que ha decidido —hasta ese momento, el de la muerte del padre— evitar todo camino de reconciliación. Esto es parte de lo que no se cuenta, de lo que Pablo Casacuberta va rearmando del pasado de sus dos personajes, en principio antagónicos y, en definitiva, tan complementarios uno del otro como en toda relación padre-hijo.

Hay muchas novelas y no pocos mitos que ahondan, llegado el caso, en todas las posibles variantes genéricas “padre-hija”, “madre-hija”, “madre-hijo”, pero Pablo Casacuberta elige en *Escipión* plantar su mirada literaria desde el punto de vista de un hijo, a partir del momento en que —después de la muerte del padre— se hace inevitable la búsqueda de respuestas, de identidad. Lo que sucede en la novela es una formidable batalla interior en ese hijo, en un aquí y ahora determinado por una herencia maldita y bastante escabrosa, como en la historia de *Escipión*.

“Hace unos cuantos años, mientras escribía mi novela anterior, *Aquí y ahora*, me encontré de pronto trancado, sin saber cómo avanzar”, cuenta Casacuberta de la génesis de *Escipión*, que evidencia razones y marcas personales. “A lo largo de la trama se hacía alusión a un padre ausente, pero esa ausencia no se resolvía de ninguna manera. Mientras esto pasaba en la novela, en la vida real mi padre estaba muy enfermo. Llevaba muchos años en una desmejora paulatina, y aunque todas las señales disponibles hacían prever que iría a morir pronto, los hijos fuimos naturalmente los últimos en hacernos a la idea. Mi padre murió, y entonces dejé

de escribir por completo. Cuando retomé la escritura, el padre del protagonista de la novela se murió también, y la novela se reveló como lo que era: un largo proceso de aceptación de las soledades de la vida adulta”.

Hay muchos padres y padrinos en la vida, y eso bien lo sabe Casacuberta. Y no sólo debe tenerse presente que hay muchos padres en uno solo, que es lo que suele descubrir un hijo en este tipo de necesarias reconstrucciones, o que el padre de la ficción poco tenga que ver con el real: “El de la novela es un sujeto un tanto monstruoso, que es invocado por un hijo no menos retorcido que él. El personaje central no se parece mayormente a mí, ni su padre al mío, pero de cualquier forma fue la manera de visitar nuestros aspectos más sombríos y ridículos, y de reírme un poco de nuestras miserias”, explica Casacuberta. Lo cierto es que son esos aspectos sombríos los que disparan la sucesión de escenas que van armando una novela agrídulce y con momentos de un fino humor y un bienvenido tono de tragicomedia.

Hay otros padres posibles, decía, y en el caso de los literarios Casacuberta tiene uno —también fallecido— que lo ha marcado en ética y estilo. Ése es Mario Levrero (Jorge Varlotta), y si es posible hablar de un toque levreriano en los libros del discípulo, debe encontrarse en el rigor de la prosa y en los laberintos observacionales del narrador. “Siempre trato de ser cauteloso al hablar de él, pues es un escritor que conozco desde un ángulo un poco particular. Al que yo conocía profundamente era a Jorge Varlotta, que era la persona, y no al escritor, y al que estuve expuesto más o menos continuamente desde el año en que nació. Con Jorge rara vez hablábamos de literatura, por la misma razón por la que uno habla poco de literatura con los hermanos o con los padres, es decir, porque uno tiene cuestiones más acuciantes que tratar”. ●